

CAPÍTULO 6. EL PERDÓN

Lo siguiente es quizás lo más difícil de tratar: EL PERDÓN. Creo que esto impide que más personas tengan poder con Dios que cualquier otra cosa: no están dispuestas a cultivar el espíritu del perdón. Si permitimos que la raíz de amargura brote en nuestros corazones contra alguien, nuestra oración no será respondida. Puede que no sea fácil vivir en dulce comunión con todos aquellos con quienes entramos en contacto; pero para eso se nos ha dado la gracia de Dios.

La oración de los discípulos es una prueba de filiación; si podemos orarla toda desde el corazón, tenemos buenas razones para pensar que hemos nacido de Dios. Nadie puede llamar a Dios «Padre» sino por el Espíritu. Aunque esta oración ha sido una gran bendición para el mundo, creo que también ha sido una gran trampa; muchos tropiezan en ella y caen en la perdición. No sopesan su significado ni llevan sus verdades al corazón. No simpatizo con la idea de la filiación universal, de que todos los hombres son hijos de Dios. La Biblia enseña muy claramente que somos adoptados en la familia de Dios. Si todos fueran hijos, Dios no necesitaría adoptar a nadie. Todos somos de Dios por creación; pero cuando la gente enseña que cualquier hombre puede decir: «Padre nuestro que estás en los cielos», haya nacido de Dios o no, creo que eso es contrario a las Escrituras. «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.» La filiación en la familia es el privilegio del creyente. «En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo», dice el Apóstol. Si hacemos la voluntad de Dios, esa es una muy buena señal de que hemos nacido de Dios. Si no tenemos deseo de hacer esa voluntad, ¿cómo podemos llamar a Dios «Padre nuestro»?

Otra cosa: no podemos orar verdaderamente para que venga el reino de Dios hasta que estemos en él. Si oráramos por la venida del reino de Dios mientras estamos rebelándonos contra Él, solo estaríamos buscando nuestra propia condenación. Ningún hombre no renovado quiere realmente que la voluntad de Dios se haga en la tierra. Podríamos escribir sobre la puerta de la casa de todo

hombre no salvo, y sobre el lugar de su negocio: «Aquí no se hace la voluntad de Dios.»

Si las naciones realmente elevaran esta oración, todos sus ejércitos podrían ser licenciados. Nos dicen que hay unos doce millones de hombres en los ejércitos permanentes solo de Europa. Pero los hombres no quieren que la voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en el cielo; ese es el problema.

Ahora, vengamos a la parte en la que quiero detenerme: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Esta es la única parte de la oración que Cristo explicó.

«Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.»

Noten que cuando entran por la puerta del reino de Dios, entran por la puerta del perdón. Nunca conocí a un hombre que recibiera una bendición en su propia alma si no estuviera dispuesto a perdonar a otros. Si no estamos dispuestos a perdonar a otros, Dios no puede perdonarnos. No sé cómo podría ser el lenguaje más claro de lo que es en estas palabras de nuestro Señor. Creo firmemente que muchas oraciones no son respondidas porque no estamos dispuestos a perdonar a alguien. Dejen que su mente repase el pasado y recorra el círculo de sus conocidos; ¿hay alguno contra quien estén alimentando sentimientos duros? ¿Hay alguna raíz de amargura brotando contra alguien que quizás les haya agraviado? Puede que durante meses o años hayan estado alimentando este espíritu de falta de perdón; ¿cómo pueden pedirle a Dios que les perdone? Si yo no estoy dispuesto a perdonar a quienes puedan haber cometido una sola ofensa contra mí, ¡qué cosa mezquina y despreciable sería pedirle a Dios que perdone las diez mil transgresiones de las que he sido culpable!

Pero Cristo va aún más lejos. Dice: «Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti; deja allí tu ofrenda delante del altar, y vete; primero reconcílate con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.» Puede que estén diciendo: «No sé si tengo algo contra alguien.» ¿Hay

alguien que tenga algo contra ustedes? ¿Hay alguien que piense que le han hecho mal? Quizás no lo hayan hecho; pero puede que ellos piensen que sí. Les diré lo que yo haría antes de irme a dormir esta noche: iría a verlos y resolvería la cuestión. Descubrirán que serán grandemente bendecidos en el mismo acto.

Supongamos que ustedes tienen la razón y ellos están equivocados; pueden ganarse a su hermano o hermana. Que Dios arranque de todos nuestros corazones este espíritu de falta de perdón.

Un caballero vino a mí hace algún tiempo y quería que hablara con su esposa acerca de su alma. Esa mujer parecía tan ansiosa como cualquier persona que haya conocido, y pensé que no tomaría mucho tiempo llevarla a la luz; pero parecía que cuanto más hablaba con ella, más aumentaba su oscuridad. Fui a verla de nuevo al día siguiente y la encontré en una oscuridad de alma aún mayor. Pensé que debía haber algo en el camino que no había descubierto, y le pedí que repitiera conmigo esta oración de los discípulos. Pensé que si ella podía decir esta oración desde el corazón, el Señor la encontraría en paz. Comencé a repetirla frase tras frase, y ella la repetía después de mí hasta que llegué a esta petición: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Allí se detuvo. La repetí por segunda vez y esperé a que la dijera después de mí; ella dijo que no podía hacerlo. «¿Cuál es el problema?» Ella respondió: «Hay una mujer a la que nunca perdonaré.» «Oh», dije, «he encontrado su dificultad; no sirve de nada que yo siga orando, porque sus oraciones no subirán más alto que mi cabeza. Dios dice que no la perdonará a menos que usted perdone a otros. Si no perdona a esta mujer, Dios nunca la perdonará a usted. Ese es el decreto del cielo.» Ella dijo: «¿Quiere decir que no puedo ser perdonada hasta que haya perdonado a esa mujer?» «No, no lo digo yo; lo dice el Señor, y esa es una autoridad mucho mejor.» Dijo ella: «Entonces nunca seré perdonada.» Salí de la casa sin haber causado ninguna impresión en ella. Unos años después, oí que esta mujer estaba en un manicomio. Creo que este espíritu de falta de perdón la volvió loca.

Si hay alguien que tenga algo contra ustedes, vayan de inmediato y reconcíliense. Si tienen algo contra alguien, escríbanle una carta diciéndole que lo

perdonan, y así quiten esto de su conciencia. Recuerdo estar en la sala de consulta hace algunos años; estaba en un rincón de la sala, hablando con una joven. Parecía haber algo en el camino, pero no podía descubrir qué era. Por fin dije: «¿No hay alguien a quien usted no perdone?» Ella me miró y dijo: «¿Qué le hizo preguntar eso?» ¿Le ha contado alguien acerca de mí? «No», le dije; «pero supuse que quizás ese podría ser el caso, ya que usted misma no ha recibido perdón». «Bueno», dijo ella, señalando a otro rincón de la habitación, donde estaba sentada una joven, «he tenido problemas con esa joven; no nos hemos hablado por mucho tiempo». «Ah», le dije, «todo me queda claro ahora; usted no puede ser perdonada hasta que esté dispuesta a perdonarla a ella». Fue una gran lucha. Pero ustedes saben que cuanto mayor es la cruz, mayor es la bendición. Es humano errar, pero es semejante a Cristo perdonar y ser perdonado. Finalmente, esta joven dijo: «Iré y la perdonaré». Curioso es decirlo, el mismo conflicto estaba ocurriendo en la mente de la dama en la otra parte de la habitación. Ambas volvieron en sí casi al mismo tiempo.

Se encontraron en medio del piso. Una intentó decir que perdonaba a la otra, pero no pudieron terminar; así que se lanzaron a los brazos la una de la otra. Entonces los cuatro —las dos buscadoras y las dos obreras— nos arrodillamos juntos, y tuvimos una reunión gloriosa. Estas dos se fueron regocijándose.

Querido amigo, ¿es esta la razón por la que sus oraciones no son respondidas? ¿Hay algún amigo, algún miembro de su familia, alguien en la iglesia, a quien usted no ha perdonado? A veces oímos de miembros de la misma iglesia que no se han hablado por años. ¿Cómo podemos esperar que Dios perdone cuando este es el caso?

Recuerdo una ciudad que el Sr. Sankey y yo visitamos. Durante una semana parecía que estábamos golpeando el aire; no había poder en las reuniones. Finalmente dije un día que quizás había alguien cultivando ese espíritu de falta de perdón. El presidente de nuestro comité, que estaba sentado a mi lado, se levantó y salió de la reunión justo delante de la audiencia. La flecha había dado en el blanco y había llegado al corazón del presidente del comité. Él había tenido problemas con alguien durante unos seis meses. Inmediatamente buscó a ese

hombre y le pidió que lo perdonara. Vino a mí con lágrimas en los ojos y dijo: «Doy gracias a Dios de que usted haya venido aquí». Esa noche la sala de consulta estuvo repleta. El presidente se convirtió en uno de los mejores obreros que he conocido, y ha estado activo en el servicio cristiano desde entonces.

Hace varios años, la Iglesia de Inglaterra envió a un devoto misionero a Nueva Zelanda. Después de algunos años de trabajo y éxito, un domingo estaba celebrando un servicio de comunión en un distrito donde los conversos no hacía mucho que habían sido salvajes. Mientras el misionero dirigía el servicio, observó a uno de los hombres que, justo cuando estaba a punto de arrodillarse en el altar, repentinamente se puso de pie y se apresuró a ir al extremo opuesto de la iglesia. Poco después regresó y tranquilamente ocupó su lugar. Después del servicio, el clérigo lo llevó aparte y le preguntó la razón de su extraño comportamiento. Él respondió: «Cuando estaba a punto de arrodillarme, reconocí en el hombre a mi lado al jefe de una tribu vecina, que había asesinado a mi padre y había bebido su sangre; y había jurado por todos los dioses que mataría a ese hombre en la primera oportunidad. El impulso de vengarme, al principio casi me sobrepasó, y me alejé apresuradamente, como usted me vio, para escapar de su poder. Mientras estaba en el otro extremo de la sala y consideraba el propósito de nuestra reunión, pensé en Aquel que oró por sus propios asesinos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y sentí que podía perdonar al asesino de mi padre, y vine y me arrodillé a su lado».

Como alguien ha dicho: «Hay una especie fea de perdón en el mundo —una especie de perdón de erizo, disparado como púas. Los hombres toman a uno que los ha ofendido, y lo sientan frente al soplete de su indignación, y lo chamuscan, y le queman su falta; y cuando lo han amasado suficientemente con sus puños, entonces lo perdonan».

El padre de Federico el Grande, en su lecho de muerte, fue advertido por M. Roloff, su consejero espiritual, de que estaba obligado a perdonar a sus enemigos. Estaba bastante preocupado, y después de una pausa momentánea dijo a la Reina: «Tú, Feekin, puedes escribir a tu hermano (el Rey de Inglaterra) después de que yo muera,² y decirle que lo perdoné y que morí en paz con él». «Sería

mejor», sugirió suavemente M. Roloff, «que su majestad escribiera de inmediato». «No», fue la severa respuesta. «Escribe después de que yo muera. Eso será más seguro».

Otra historia cuenta de un hombre que, suponiendo que estaba a punto de morir, expresó su perdón a uno que lo había perjudicado, pero añadió: «Ahora, cuidadito, si me recupero, el viejo rencor sigue en pie». Amigos míos, eso no es perdón en absoluto. Creo que el verdadero perdón incluye olvidar la ofensa — ponerla completamente fuera de nuestros corazones y memorias.

Como dice Matthew Henry: «No perdonamos a nuestro hermano ofensor de manera correcta ni aceptable si no lo perdonamos de corazón, porque es eso lo que Dios mira. Ninguna malicia debe albergarse allí, ni mala voluntad hacia nadie; ningún proyecto de venganza debe incubarse allí, ni deseos de ella, como los hay en muchos que exteriormente parecen pacíficos y reconciliados. Debemos desear y buscar de corazón el bienestar de aquellos que nos han ofendido».

Si el perdón de Dios fuera como el que a menudo mostramos nosotros, no valdría mucho. Supongamos que Dios dijera: «Te perdonaré, pero nunca lo olvidaré; por toda la eternidad te lo estaré recordando»; no sentiríamos que eso es perdón en absoluto. Noten lo que Dios dice: «No me acordaré más de sus pecados». En un pasaje de Ezequiel se dice que ni uno solo de nuestros pecados será mencionado; ¿no es eso propio de Dios? Me encanta predicar este perdón — la dulce verdad de que el pecado es borrado por tiempo y eternidad, y nunca más será mencionado contra nosotros. En otra Escritura leemos: «Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades».

Entonces, cuando uno vuelve al capítulo once de Hebreos y lee la lista de honor de Dios, encuentra que ni uno solo de los pecados de aquellos hombres de fe es mencionado. Abraham es mencionado como el hombre de fe; pero no se cuenta cómo negó a su esposa en Egipto; todo eso había sido perdonado. Moisés fue excluido de la Tierra Prometida porque perdió la paciencia; pero esto no es mencionado en el Nuevo Testamento, aunque su nombre aparece en la lista de

honor del Apóstol. Sansón también es nombrado, pero sus pecados no son sacados a relucir de nuevo. ¡Cómo! Hasta leemos del «justo Lot»; no parecía mucho un hombre justo en la historia del Antiguo Testamento, pero ha sido perdonado, y Dios lo ha hecho «justo». Si una vez somos perdonados por Dios, nuestros pecados no serán recordados contra nosotros nunca más. Este es el decreto eterno de Dios.

Brooks dice del perdón que Dios concede a su pueblo: «Cuando Dios perdona el pecado, lo quita por completo; que si fuera buscado, no podría ser hallado; como habla el profeta Jeremías: "En aquellos días, y en aquel tiempo, dice Jehová, la iniquidad de Israel será buscada, y no existirá; y los pecados de Judá, y no serán hallados; porque perdonaré a los que yo haya dejado." Como David, cuando vio en Mefi-boset los rasgos de su amigo Jonatán, no tomó en cuenta su cojera ni ningún otro defecto o deformidad; así Dios, al contemplar en su pueblo la gloriosa imagen de su Hijo, cierra los ojos ante todas sus faltas y deformidades, lo cual hizo que Lutero dijera: "Haz conmigo lo que quieras, ya que has perdonado mi pecado." ¿Y qué es perdonar el pecado, sino no mencionar el pecado?»

Leemos en el Evangelio de Mateo: «Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano». Luego, un poco más adelante, leemos que Pedro viene a Cristo y dice: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?» Jesús respondió: «No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete». Pedro no parecía pensar que estuviera en peligro de caer en pecado; su pregunta era: ¿Con qué frecuencia debo perdonar a mi hermano? Pero muy pronto oímos que Pedro ha caído. Puedo imaginar que cuando cayó, el dulce pensamiento le vino de lo que el Maestro había dicho acerca de perdonar hasta setenta veces siete. La voz del pecado puede ser fuerte, pero la voz del perdón es más fuerte.

Entremos en la experiencia de David cuando dijo: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no le imputa iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño».

Cuando guardé silencio, mis huesos se envejecieron por mi gemir todo el día. Porque de día y de noche tu mano pesaba sobre mí; mi frescura se volvió como sequedad de estío. Confesé mi pecado ante ti, y no escondí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor; y tú perdonaste la iniquidad de mi pecado.

David podía mirar abajo, arriba, atrás y adelante; al pasado, presente y futuro; y saber que todo estaba bien. Resolvamos en nuestra mente que no descansaremos hasta que esta cuestión del pecado esté para siempre resuelta, de modo que podamos levantar la vista y reclamar a Dios como nuestro Padre perdonador. Estemos dispuestos a perdonar a otros, para que podamos reclamar el perdón de Dios, recordando las palabras del Señor Jesús, cómo dijo: «Si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas».

El Perdón

*«¡Ahora, oh gozo! mis pecados son perdonados!
¡Ahora puedo y creo!
Todo lo que tengo, y soy, y seré,
a mi precioso Señor le doy;
Él despertó mis letales sueños,
dispersó la oscura noche de mi alma;
Susurró paz, y me atrajo hacia Él,
se hizo mi mayor deleite.*

*»Que el bebé olvide a su madre,
que el novio desaire a su novia;
fiel a Él, no amaré a otro,
aferrándome siempre a Su lado.
»Jesús, escucha la confesión de mi alma;
débil soy, pero tuya es la fuerza;
en Tus brazos, por fuerza y socorro,
en calma pueda mi alma descansar».*

— Albert Midlane.